

«Asesinato en el Orient Express»  
 Dirección: Kenneth Branagh. Intérpretes: K. Branagh, Johnny Deep. Estados Unidos, 2017. 114 minutos



Si para Ramón Gómez de la Serna, Ramón para los cercanos, no había viaje más apasionante que el del dedo sobre el mapa, viajar en tren sería, para muchos, la última aventura porque en los trenes ocurren todo tipo de incidencias, casos, venturas y desventuras. asesinatos, robos, pasiones, amores, aburrimientos y sueños. La ventanilla se convierte en el marco del cuadro, en la pantalla del cinematógrafo, los cuatro lados de un ensueño.

Mucho se ha perdido desde que la sombría modernidad jubiló los departamentos, pero el tren vuelve a conocer una nueva época de esplendor. Ni el populista avión, ni siquiera la libertad del automóvil permiten compartir la magia, extraña e inquietante, de comenzar un viaje en el tren, toda vez que los barcos se han convertido en pasarelas de supermercados. Queda el tren. Y su intriga. *El detective del ferrocarril* (1912) del teólogo (nada menos) Victor L. Whitechurch (1868-1933) es un libro fascinante. Convierte al ferrocarril en el centro de la intriga de ocho casos tan disparatados como divertidos. Whitechurch, junto a G.K.Chesterton y Agatha Christie formó parte de un club tan condenadamente inglés como el Detection Club, prestigioso donde los hubiera por la amalgama de socios deliciosamente extravagantes, inteligentes e ingeniosos que hicieron de las historias detectivescas su razón de ser o, al menos, de pasar el muermo de la vida. Y lo consiguieron. Vaya. Y de qué manera. Porque sus lectores descubrieron los múltiples y extraños recovecos que esconde la realidad, la maldad, la audacia y la observación.

**La dolce vita**  
 El tren, la última aventura  
 Amores, asesinatos y pasiones  
 FERNANDO R. LAFUENTE

«EL DETECTIVE DEL FERROCARRIL». Torpe Hazell es el personaje del que se guía el autor para desvelar diversas tramas, todas enredadas y complejas, que componen este volumen. Hazell, inglés, no puede evitar su lado atrabiliario, vegetariano, fervoroso practicante del ejercicio físico –lo cual le hace un punto desagradable– pero dotado de una inteligencia privilegiada a la hora de resolver entuertos ferroviarios, con su guía Bradshaw –la misma que ha utilizado Michael Por-



«El detective del ferrocarril»  
 Whitechurch. Ardicia, 195 páginas. 17,50 euros Un autor a la altura de A. Christie (en la imagen)

tillo en su serie televisiva para recorrer en ferrocarril estos años Europa y América– al lado y la precisión de los horarios de la que fue ejemplar empresa ferroviaria británica. Cada vez que se produce un caso irresoluble, la compañía ferroviaria requerirá de Hazell para su resolución. Una delicia, un portento de inteligencia, de ironía, de sutil e impecable literatura. Un rato de lectura para recordar que hubo un tiempo en el que la intriga también podía mostrar su lado más luminoso.

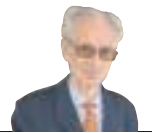
«ASESINATO EN EL ORIENT EXPRESS». Así que no salgamos del tren. Sigamos ahora en el trayecto que va, o iba. o fue, de Estambul a París, o a Londres, con tránsito en Venecia. *Asesinato en el Orient Express*, un clásico del siglo XX, magistralmente escrito por Agatha Christie, ha sido llevado al cine con fervor, pero la nueva versión del genial Kenneth Branagh supera las anteriores y le conduce al espectador a casi dos horas de tensión, investigación, sospecha y resolución memorables. Nieve que bloquea el tránsito, Balcanes, asesinato, personajes que temen y atienden los pasos firmes y rotundos del gran Hércules Poirot en sus mejores horas. Un goce, un pasatiempo, una película sin mayor ambición que la recreación ajustada, precisa y certera de un clásico literario. No es poco.

EL PALENTINO. Qué fue de los bares de estación. Abiertos hasta el amanecer. Lugar de encuentros inesperados o desesperados. En el centro de Madrid, alejado, solo físicamente de las estaciones ferroviarias, pero manteniendo su sabor y saber está El Palentino, en la calle del Pez 8, para tomarse un inolvidable pepito de ternera, unas cañas y lo que venga. Un bar de toda la vida, dicen, y dicen bien. La última aventura es un departamento de tren y la barra de un bar. Lo demás es silencio.

POSDATAS

Un poeta excepcional

ANDRÉS AMORÓS



No suelo utilizar este tipo de adjetivos, que suenan a fácil halago o exageración (cuando no, a un «interés creado»). Lo hago, esta vez, con plena seguridad. Desde hace años, el granadino Antonio Carvajal me parece el mejor poeta español vivo: un escritor de gran categoría, en las antípodas de la habitual ramplonería del mercado. Acaba de publicar, con una introducción de Manuel García, un volumen que reúne dos libros de los años 80, *Setiembre en los jardines*. (Él escribe el nombre del mes simplificando el grupo consonántico, como ya proponía Nebrija).

¿Qué singulariza su poesía? Ante todo, el dominio magistral de la métrica: algo que muchos poetas actuales –y el gran público– ignoran pero que no es prurito académico sino, simple y llanamente, la música del verso. En vez del habitual verso libre, utiliza Carvajal sabiamente todas las estrofas clásicas. Eso va unido a su amplia cultura literaria, con una riqueza lingüística y retórica nada común.

Definía Pedro Salinas la grandeza de Jorge Manrique por la unión de tradición y originalidad. Carvajal continúa la tradición de nuestra poesía clásica, con una huella especial de los místicos, los grandes barrocos andaluces y los modernistas. Sus temas son los que siempre ha cultivado la gran poesía: «amor y desamor; la vida y la muerte; el hombre y el paisaje». Se define también como hombre de campo, que contrapesa la mitología con el amplio vocabulario rural de flores, frutos, pájaros... Por su brillantez formal, le adjudicaron pronto el famoso elogio del Dante: *Il miglior fabbro*, el mejor artesano. Pero no se queda en eso, sino que transmite hondo sentimiento. Por eso, lo admiran los expertos pero también emocionalmente a cualquier persona con sensibilidad.

Nos ofrecía Soto de Rojas, uno de sus modelos, un «paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos». Por su amoroso recogimiento, los jardines de Carvajal pueden parecer cerrados para muchos; en realidad, son un paraíso abierto a cualquier lector de poesía.